

EL ALMA RECÓNDITA DEL PUEBLO ANTIOQUEÑO

**Un Triple Mestizaje:
Genético, Cultural y Religioso**

Fabio Villegas Botero

*Gracias al más viejo de los códigos,
el del ADN,
cuya estructura fue descifrada
hace 50 años
por J. Watson y F. Crick,
por aportar la más nueva
y la más fiel de las evidencias
a esta discusión sobre
el origen del pueblo antioqueño.*

*Dedico esta obra con inmenso cariño
a mis dos nietos del alma, Amalia y Miguel,
a Oliva, mi esposa,
a mi hijo Alejandro y su esposa Inés,
a mi hija Carolina
y a la Fundación Hermanos Villegas Botero
en sus bodas de plata.*

El alma recóndita del pueblo antioqueño

ISBN: 978-958-8790-06-0



Primera edición
Noviembre 2003

Segunda edición
Abril 2005

Autor:
Fabio Villegas Botero

Carátula:
El hachero, de Ramón Vásquez
Óleo/pincel 100 x 50 cms
Tomada del libro:
RVásquez. La habilidad sin límites
con autorización de la Secretaría de Educación
del Municipio de Medellín

Diagramación e impresión:
Editorial Marín Vieco Ltda.

EPÍLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Hace un año apareció la primera edición y ya se agotó. Me sorprendió la generosa acogida de tantas personas que lo han leído, comentado con aprecio, e incitado a otros a leerlo. José Guillermo (Memo) Anjel, judío antioqueño de basta cultura, mirándolo desde su óptica lo encuentra acertado, pero insinúa que se debe destacar también el componente moro (de musulmanes conversos) que no aparece en la obra.

Entre los españoles que vinieron, y que lo hicieron preferencialmente del sur de la Península, un buen número debieron ser moros. No lo destacué por dos razones principales. Primera, porque la mayoría de los musulmanes que invadieron la Península Ibérica fueron sucumbiendo ante la reconquista cristiana muy lentamente a lo largo de siete siglos, sin que ello implicara un desplazamiento abrupto de sus lugares de residencia. La mayoría permaneció en las tierras reconquistadas por el enemigo y se integró a su religión y costumbres, aunque conservando algo de su cultura, en especial en el sur, última región reconquistada por los cristianos. Solamente al caer el último bastión, Granada, el primero de enero de 1492, los Reyes Católicos expulsaron a los que vivían ahí. La segunda razón es consecuencia de la primera. Los moros que llegaron a Antioquia, venían como si fueran cristianos viejos. No tenían ninguna restricción para hacerlo. Ni allá ni aquí eran perseguidos por las autoridades civiles o eclesiásticas. Pero, al venir, dejaron entre nosotros el aire andaluz, representativo de su cultura, el ambiente alegre y florido de casas y jardines, ciertas expresiones lingüísticas y culinarias. Creo, pues, que con esta explicación puede quedar inmodificado el componente genético y cultural que aparece en el texto inicial.

Me ha sorprendido gratamente, de manera especial, el que se haya acogido con tanta facilidad la aseveración del ancestro judío de los antioqueños, a pesar de haber sido negado rotundamente durante más de un siglo aun por eminentes prohombres. Y quizás más, la aceptación



como prueba de tal hecho de los resultados de la investigación genética por medio del ADN tanto masculino como femenino. Creo que este es el mayor éxito de la obra. La renovación de la historiografía del Departamento que se viene dando desde hace más o menos medio siglo ha ido desvirtuando aspectos que se quisieron ignorar o imponer de manera poco científica. El rechazo al ancestro judío de los antioqueños se debía en buena parte a la ausencia de documentos que obligaran a afirmarlo, así los indicios, sobre todo de orden cultural, fueran más que sugerentes. En realidad, el rechazo se debía más a prejuicios raciales y religiosos, algo que se debe desterrar del estudio de la historia y de la ciencia.

En la primera edición eludí intencionalmente cualquier referencia a la situación actual del país, a pesar de cierta polarización frente a los antioqueños por el hecho de que uno de sus hijos, el Dr. Alvaro Uribe Vélez, ejerce la Presidencia de la República, y un número grande de sus coterráneos son Ministros, Asesores, Gerentes y miembros importantes de los poderes del Estado. La propuesta presidencial de «pacificar» el país, la glosan con sorna diciendo que lo que intenta es «paisificarlo», antioqueñizarlo. Tampoco ahora quiero referirme directamente al tema. Con todo, no puedo dejar de pensar en el futuro del pueblo antioqueño en su interior, al igual que dentro del país y del mundo.

Quizás una de las características de la cultura judía que heredaron los antioqueños es su proyección hacia el futuro, el sentido mesiánico con que miran el tiempo y el espacio que los circunda. Tanto el judaísmo tradicional que ha permanecido constante en su sentimiento de pueblo escogido y en su conciencia religiosa, como el judaísmo de los seguidores de Jesús y de cuantos han seguido su doctrina, han tenido siempre puesta la mirada en «lo que ha de venir». Los primeros con la esperanza de un Mesías que ha de llegar a dar plena significación a su trayectoria histórica y a colmar sus esperanzas, los segundos, aun reconociendo a Jesús como el Mesías que ya vino, con la esperanza puesta en su segunda y definitiva venida, como lo repite una y otra vez Pablo, y como aparece en las visiones del vidente de Patmos. Sueños e ilusiones colmados de esperanza.

El haber tenido el privilegio de vivir entre dos siglos, más aún, al final y el comienzo de dos milenios, me ha estimulado a proyectarme hacia el futuro, siempre con gran esperanza de algo mejor por venir. El interés por la historia no ha sido para permanecer pensando que «todo tiempo pasado fue mejor», sino para ver unas tendencias, unas derivas, unas potencialidades crecientes de la humanidad que infunden el sentimiento de que «amanecerán días mejores». Desde mediados del siglo pasado em-

pecé a interesarme por lo que sería el año 2000. Al llegar a éste, mi interés se proyecta, no sólo al nuevo siglo, sino, mucho más radicalmente, a lo que será todo este nuevo milenio.

El pueblo antioqueño es aún muy joven. Diría que apenas está saliendo de la infancia. Al finalizar los tres siglos de conquista y colonia contaba con una población de unos 100.000 habitantes. Hoy se acerca a 6.000.000 sólo en Antioquia, aunque el pueblo paisa total duplica esa cifra. A pesar de que el ancestro genético judío viene del tiempo de la colonia, el que su cultura catolicojudía llegara a dominar toda la población fue obra más o menos de siglo y medio desde mediados del 18 hasta finalizar el 19, con la colonización de todo el Noroccidente de Colombia. Se dio con la conquista de tierras, la agricultura, la minería, el comercio, la fundación de pueblos y ciudades para luego fraccionarse en varios Departamentos y asentarse en todo el país y aun el extranjero. De un primer gueto inicial, ahora hay al menos cuatro bien definidos con sus capitales: Medellín, Manizales, Pereira y Armenia.

En este amanecer del nuevo siglo todo el pueblo antioqueño empieza a salir de ese gueto y a abrirse tímidamente hacia un cosmopolitismo social, cultural, económico y político. Ya canta el Himno nacional, aunque sin silenciar el antioqueño. Sus empresas comienzan a internacionalizarse, y la visión del mundo no termina en las cumbres de sus montañas. Hay una apertura más amplia a ideas, credos y políticas diferentes que harán que desarrolle sus potencialidades en el intercambio fluido con los otros. Sin dejar de ser paisa, empieza a ser colombiano, más aún, ciudadano del mundo.

En el contexto geopolítico, dada la conciencia de su identidad y de su espíritu federalista, el pueblo paisa debe propiciar cuanto antes un proyecto de ordenación territorial de Colombia, que una todo el Noroccidente con la fortaleza de su identidad, para interactuar de manera más activa y solidaria con las otras regiones del país. Si alguna vez intentó formar una nación independiente, hoy puede propiciar un país de regiones fuertes, dinámicas y caracteres definidos, y conformar así una nación más armónica, más solidaria, más integrada. Si hasta ahora es más lo que nos divide que lo que nos une con los otros paisas y con el resto de colombianos, la integración de todo el pueblo paisa y de éste con Colombia es impostergable.

Todo el pueblo paisa sufrió en el último tercio del siglo 20 lo que podríamos llamar una crisis de crecimiento. Pareciera que había perdido



su rumbo, que iba a la deriva. Se habló entonces de pérdida de valores, de descomposición social, hasta de haber claudicado de sus principios religiosos. Las empresas industriales dieron paso a los carteles de la droga, a grupos de guerrilleros y paramilitares. De una distribución más democrática de la tierra y aun del capital que en otras regiones del país, se llegó a un latifundio acaparador y a una concentración de capitales que desplazaron gran parte de la población, que no tuvo más remedio que pasar a vegetar en suburbios miserables con niveles de pobreza y miseria infrahumanos.

Hoy parece que empieza a reaccionar. Más que la sumisión incondicional a un caudillo, -que no puede ser sino pasajero-, está creando la conciencia de una mayor dignidad de las personas, de una mayor autonomía y responsabilidad, gracias a una educación más universal y hasta niveles más elevados, con mayor calidad y con un espíritu investigativo muy marcado.

Tanto las universidades públicas, empezando por la de Antioquia, como las privadas albergan año tras año más estudiantes, se descentralizan a las regiones, buscan una calidad de nivel internacional. Igual sucede, en parte, con los colegios desde el preescolar hasta el bachillerato. Pero son muchas más las instituciones que buscan la formación científica, tecnológica, técnica y en todos los ámbitos de la cultura, especialmente el arte.

El espíritu de gueto heredado de los conversos ha hecho que Antioquia y casi todo el Noroccidente de Colombia carezcan de vías de comunicación apropiadas. La supuesta hazaña de «pasar de la mula al avión» ha hecho que los medios de transporte para personas, pero mucho más para el comercio hacia el resto del país y, sobre todo, hacia el exterior, estén en un grado de atraso que frenan su desarrollo. Es verdad que su topografía es arisca y que construir carreteras, ferrocarriles, cables aéreos, aeropuertos y vías navegables es costoso. Pero si en un momento dado construimos el Ferrocarril de Antioquia y el Metro de Medellín con su Metrocable, ¿por qué no emprender las vías absolutamente indispensables para el desarrollo que anhelamos?

Antes que nada, una autopista con las mejores especificaciones hacia Urabá, donde se construirá nuestro puerto del Caribe. Sin este no tiene sentido alguno el sueño de «La Mejor Esquina de Suramérica». De ahí proseguirá hacia Centroamérica, Méjico, EE.UU. y Canadá. Otra similar hacia el sur para unir el Noroeste con el Suroccidente del país y, más adelante, con los países del Pacífico. Una tercera hacia el Norte para co-

municarnos con el resto de Litoral Atlántico y pasar a Venezuela. Igualmente hacia el Oriente: Barrancabermeja, Bucaramanga, Cúcuta y Venezuela. Finalmente, la más fundamental, hacia Bogotá, el Centro del país, la Orinoquia y la Amazonia. Deben ser autopistas de doble calzada y varios carriles y con un mantenimiento permanente para permitir el intercambio de personas y bienes en condiciones óptimas y con costos muy inferiores a los actuales. Desde ya se deben planificar unos trenes de alta velocidad que unan las principales ciudades del país, Bogotá, Medellín y Cali con el Atlántico y el Pacífico, y se proyecten hacia los países limítrofes de la Comunidad Andina.

Debe desarrollar también la navegación por el Río Magdalena con dos o tres puertos multimodales que abaraten el transporte de mercancía y revivan un turismo grato y atractivo. Igualmente por el Atrato, en conjunción con el Departamento del Chocó, y como una punta de lanza para un futuro canal interoceánico. Es que Antioquia debe continuar su proceso colonizador en las regiones de clima caliente, especialmente el Magdalena, el Bajo Cauca, Urabá y el Atrato. Una población que ha saturado el Valle de Aburrá y se ha insertado en un sistema económico moderno, pero vive en condiciones deplorables, puede encontrar ahí grandes posibilidades de desarrollo económico, social, cultural y político. Son tierras nuevas, ya muy saneadas, con abundancia de aguas y en situación estratégica. El dinamismo colonizador del país puede infundirles una vitalidad asombrosa, a la vez que descongestiona la región montañosa ya bastante saturada y hasta erosionada. El país es ambicioso, emprendedor, arriesgado, trabajador incansable. El temprano desarrollo se debió a su ambición combinada con laboriosidad: desarrollo de una minería floreciente, al principio de mazamorreo en quebradas y ríos, luego en minas tecnificadas. Después una agricultura que lo haría con el tiempo el gran productor y exportador de café durante casi un siglo. De ahí pasó a una industrialización precoz y dinámica que ha admirado a multitud de estudiosos extranjeros. Pero su ambición lo impulsa a acaparar tierras y enriquecerse por cualquier medio, aun el más ilícito: estafa, extorsión, contrabando, narcotráfico, juego: loterías, chance, juegos de azar...

No es extraño que la gran crisis económica de toda la región país haya surgido en medio de dos épocas de violencia donde estaba en juego, más que nada, el enriquecimiento de unos a costa de otros con tierras y dinero. Marco Palacio dice que después de la primera violencia, de tipo netamente político, tras el 9 de abril, vino una violencia «mafiosa» especialmente sanguinaria en la región país: Antioquia, Eje Cafetero, norte del Valle y del Tolima. Se asesinaba, con pretexto político, para enrique-

cerse con las tierras de las víctimas. La última violencia, de narcotráfico, guerrilla y paramilitarismo busca igualmente el enriquecimiento rápido y apropiarse de tierras. Nadie se puede oponer a su sed insaciable. Lo paga con la vida o el desplazamiento forzoso.

¿Cómo reorientar esa ambición? La de tierras, obligando a hacerlas producir con inversión y trabajo, en ganadería intensiva, agricultura, reforestación, silvicultura y biotecnología, no con especulación o por la valorización aportada por el gobierno o los particulares, el famoso «engorde de tierras» urbanas y rurales. La de dinero, con la creación de empresas dinámicas, competitivas, productoras de gran riqueza que fluya a toda la sociedad: a sus trabajadores de manera directa, y al resto de la comunidad por medio de los tributos y la solidaridad. Algunos desarrollos recientes de empresas públicas y privadas, como las de productos agrícolas diferentes al café: banano, flores y la incipiente de frutas empiezan a marcar el derrotero. Igualmente la ganadería bobina y porcina, y tímidamente la piscicultura. Lo importante es que ya se inyecta un valor agregado a la industria de alimentos: carnes, leches, frutas y verduras con calidad de exportación.

La industria textil fue otrora floreciente. De ahí se pasó a la confección y ya se avanza a la industria de la moda. Está probada la capacidad de creación y modelaje. También florece la metalmecánica, incluida la automotriz. Se debe intensificar la minería, aunque no sólo del oro. Y la industria química. Donde se ha abierto un gran camino es en la producción y distribución de energía, en la electrónica, las telecomunicaciones y todas las tecnologías. Los desarrollos de las ciencias de la salud y la investigación biológica y genética, con su aplicación en todos los campos, son caminos de grandes posibilidades. La conservación, purificación y empleo ecológico de las abundantes fuentes hidrográficas ofrecen posibilidades de todo orden: abastecimiento total de agua potable, generación de hidroelectricidad, represas para el riego y los deportes acuáticos más variados.

La abundancia de climas y microclimas, la belleza de valles y montañas, la cultura, los mitos, leyendas, tradiciones, culinaria, vestuario, transporte, arquitectura y todos los tesoros arqueológicos dan la posibilidad de desarrollar un turismo de gran atractivo, como el de Medellín con su Desfile de Silletteros, su iluminación navideña, sus bandas y orquestas juveniles y su Metrocable, o el ecológico que ha empezado a hacer con tanto dinamismo el Quindío. Debe abrir las puertas y atraer multitud de visitantes que se sentirán maravillosamente atendidos por su ancestral

hospitalidad. El turismo es, quizás, uno de los signos del nuevo milenio. Que al regresar a sus tierras quieran volver y aun invitar a otros, pero no dejen como rastro la contaminación.

El antioqueño, por su ancestro judío, es trotamundos, y su curiosidad grande. En su contacto con todas las culturas del mundo debe refinar sus modales y actitudes, aprender a valorar a los demás, ir creando una ética de valores universales que supere la estrecha mentalidad rabínica y la ultraconservadora clerical que lo ha dominado por siglos. En especial, debe abandonar decididamente su moral de odio y venganza, sus fanatismos raciales, su mesianismo infundado. Para superar la violencia endémica y sanguinaria que le ha impedido convivir en paz, debe abrazar con decisión y valentía el perdón, la reconciliación, el amor.

La religión y la familia son, sin duda, los dos grandes valores del antioqueño. En religión, el liderazgo de clérigos y monjas ha sido ambivalente. Si bien, por lo general, ha sido progresista (construcción de iglesias, capillas y cementerios; educación en escuelas, colegios y universidades; obras sociales para niños, ancianos, campesinos y obreros; hasta caminos y puentes), su parcialidad política que excluye a cualquier miembro de otro partido (no sólo comunista o ateo), ha causado antagonismos muy perjudiciales a la convivencia y el desarrollo armónico de toda la población. El rechazo a la educación oficial y el respaldo a cualquier tipo de educación privada, por lo general elitista, para defender la propia, ha distorsionado su misión y perjudicado notablemente a las clases menos favorecidas.

En cuanto a la familia, lo más fundamental no es una estructura determinada, sino que sea el hogar donde la pareja conviva con amor, comprensión y ayuda mutua. Pero que también propague la especie con responsabilidad social y transmita y acendre los grandes valores humanos mediante la educación de los hijos. La familia no puede excluir a los amigos; todo lo contrario, los debe integrar en un círculo más amplio. Tampoco a los educadores; debe integrarse y complementarse con ellos. Además, tiene que abrirse mentalmente y, en cuanto pueda, con hechos, a todas las personas y todas las familias del mundo. Así realiza a plenitud su función de núcleo de la sociedad y se convierte en su dinamizador, a la vez que en su mayor beneficiario.

Los motores que impulsan más que cualquier otro al antioqueño son la libertad y la propiedad; muy poco la igualdad y la fraternidad. La libertad no se debe limitar a cada individuo; debe arropar a todos. Mi

libertad no puede impedir la de otros, más bien la debe privilegiar. Así puedo tener derecho a exigir de los otros respeto a la mía. De lo contrario, en vez de bien será perjuicio para la sociedad. En cuanto a la propiedad, que desde la Revolución Francesa se ha sacralizado hasta convertirla en divinidad, aunque es fundamental para la afirmación de la personalidad de cada individuo, cada familia, cada institución y el propio Estado, por desgracia sólo la pueden disfrutar muy pocos. La inmensa desigualdad en su distribución, con el creciente enriquecimiento de unos pocos y el consiguiente empobrecimiento de grandes multitudes, hace que la paz y armonía sociales sean imposibles y el progreso económico más lento.

Después de dos siglos largos tras la Revolución Francesa, la humanidad toda, ojalá liderada por los antioqueños, tiene que volver al sentido más radical de la Declaración de los Derechos del Hombre como Ciudadanos. Los derechos individuales de cada persona, familia o institución los refrenda el Estado, es decir, cada nación y la Comunidad internacional, con sus leyes, autoridades, jueces y fuerza pública para que todos los ciudadanos los puedan disfrutar y ninguno viole impunemente los de los demás. Pero, como los derechos de unos necesariamente limitan y recortan los de otros, es el mismo Estado el que tiene que determinar los límites, aun en los derechos individuales más fundamentales: la libertad, la capacidad de elegir y ser elegido para diferentes cargos públicos, los requisitos para el desempeño de diversas actividades, y hasta el mismo derecho a la vida (como se da en los países que imponen la cadena perpetua y aun la pena de muerte, que afortunadamente nosotros rechazamos)

Por desgracia, el derecho de propiedad que han consagrado casi todas las legislaciones nacionales e internacionales, deja a millones de ciudadanos sin la posibilidad de ejercerlo porque unos cuantos se han apoderado de todos los bienes disponibles: la tierra rural y urbana, toda clase de objetos y productos, y aun los bienes más indispensables para la salud, la educación y un desarrollo digno de cada ciudadano como persona. En Antioquia sus más de 6.000.000 de hectáreas rurales y urbanas son propiedad exclusiva y excluyente de muy pocos, y la gran mayoría no puede ser propietaria ni siquiera de unos metros cuadrados para su vivienda o un pequeño fundo para el desempeño de su actividad campesina. Multitud de situaciones similares han dividido la población, no solo en ricos y pobres, sino en unos pocos propietarios de inmensas riquezas, y millones y millones de desposeídos, que no sólo no pueden ejercer el derecho de propiedad, sino que tienen que vivir una vida indigna de seres humanos,

mutilados en éste, uno de los derechos más fundamentales. (¿Se podrá ser libre viviendo de la limosna del poderoso?) Aunque más injusta que la distribución de hecho, es la legislación que la autoriza y la refrenda.

Si la fraternidad que enseña el cristianismo es difícil de aclimatar en un ambiente individualista como el antioqueño, al menos la igualdad sí debería florecer con vigor. Si más del 90% de nuestro ancestro materno es indígena y el del paterno europeo, además de una pequeña parte de africano, y en el mestizaje de cinco siglos todos llevamos algo de las tres razas, es incomprensible la discriminación racial o de cualquier orden, así sea económico, cultural o religioso. A nuestros indígenas, hoy una ínfima minoría, y a nuestros negros, a quienes les debemos tanto, hay que pagarles con inmenso aprecio y generosidad.

Una última reflexión. Este año 2005 conmemoramos el cuarto centenario de la aparición de El Quijote, obra maestra de la literatura española y mundial. Es la obra maravillosa de un converso, que nos muestra el inmenso potencial de este grupo que nos imbuyó de su cultura. Se dice que el antioqueño es a la vez Quijote y Sancho Panza. Lo primero se debe manifestar en un idealismo que lo proyecte a grandes realizaciones. Igualmente en intrepidez para enfrentarlo todo sin claudicar, máxime, cuando se trata de «desfacer entuertos» y esparcir la justicia por doquier. Y que lo de Sancho no se exprese tanto en el buen vivir (que es importante), sino, más que nada, en ser noble escudero de los que lideran las grandes causas, pero lo suficientemente aterrizado para no vivir de ilusiones vanas y, menos, dejarse engañar.

CONTENIDO

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	15
1. EL ANTIOQUEÑO, UN PUEBLO DIFERENTE	19
1.1 Desde la Colonia el pueblo antioqueño ha sido considerado diferente a los del resto del país	19
1.2 Relatos de visitantes durante el siglo XIX	21
1.3 El supuesto ancestro judío de los antioqueños se convierte en polémica	25
1.4 Explicación de los investigadores extranjeros acerca de la temprana industrialización del pueblo antioqueño	32
1.5 Otras caracterizaciones del pueblo antioqueño	34
1.6 Balance de todo lo anterior	36
2. ORIGEN GENÉTICO DEL PUEBLO ANTIOQUEÑO Y SU TRIPLE MESTIZAJE	37
2.1. Investigación genética del origen del pueblo antioqueño	37
2.2. El primer mestizaje fue genético: Amerindios y europeos	40



2.3. El segundo mestizaje fue cultural: Cristianos viejos y judíos conversos	43
2.4. El tercer mestizaje fue religioso: catolicismo y judaísmo	45
2.5. Resultados del triple mestizaje	46
3. IDIOSINCRASIA DE LOS CONVERSOS QUE LLEGARON A ANTIOQUIA	51
3.1. Aclaración previa. Aquí no llegaron judíos, sino conversos	51
3.2. Judíos y conversos en España	51
3.3. Los conversos llegan a Antioquia	54
3.4. Los conversos crecieron y se desarrollaron en Antioquia de modo diferente al resto del Continente	59
4. CÓMO PREDOMINARON LOS CONVERSOS E IMPUSIERON SU IDIOSINCRASIA JUDÍA	63
4.1. Mestizaje especial de los conversos con los cristianos viejos	63
4.2. Superación de la discriminación económica y política contra los conversos	64
4.3. Los conversos lideran una intensa creación de pueblos de 1750 a 1810	69
4.4. El proceso de la llamada colonización	75
4.5. Resultados de la colonización	80
4.6. El adalid de la colonización, un clero judaizante	82
4.7. La colonización antioqueña, una especie de éxodo hacia la tierra prometida	90

4.8. El pueblo antioqueño es de cultura predominantemente conversa	93
5. LA RELIGIÓN ANTIOQUEÑA, MEZCLA DE CATOLICISMO Y JUDAÍSMO	97
5.1 El catolicismo antioqueño, diferente al del resto del país	97
5.2 El dogma, más judío que cristiano	99
5.3 La moral, más judía que cristiana	103
6. FORTALEZAS Y DEBILIDADES DEL PUEBLO ANTIOQUEÑO	109
6.1 Una herencia múltiple de fortalezas y debilidades	109
6.2 Principales fortalezas	110
6.3 Debilidades más notorias	115
7. NUEVA IMAGEN Y FUTURO DEL PUEBLO ANTIOQUEÑO	121
7.1 La nueva imagen del pueblo antioqueño	121
7.2 Futuro del pueblo antioqueño	124
BIBLIOGRAFÍA	129

PROLOGO

El Académico Fabio Villegas Botero con su libro: *El alma recóndita del pueblo antioqueño – Un triple mestizaje: genético, cultural y religioso*, entrega al medio cultural un profundo tratado sobre tema tan controvertido como es el del origen o raíces judías del pueblo antioqueño.

Así enuncia su propósito: “Desvelar lo más fundamental de la conformación de un grupo humano de características tan especiales como el antioqueño y rastrear sus orígenes es una labor apasionante; máxime cuando esos orígenes son bien debatidos entre propios y extraños (...) En este ensayo intento sólo tratar de encontrar el sentido de la idiosincrasia singular del pueblo paisa, ya que ha sido considerado por propios y extraños como un grupo con un conjunto de características particulares que lo hacen diferente a cualquier otro del país. En la propia región se ha llegado a hablar, con total incongruencia, de “raza paisa”.

La identificación que hace el autor del antioqueño, término que utiliza como extensivo a todo paisa, lo va llevando hacia la comprensión y análisis de sus características; entre otras: de un catolicismo exagerado, amante del dinero, trotamundos y mentiroso, pero que honra la palabra empeñada, pionero en la industria y en la banca, pero, a la vez, contrabandista y usurero y para el cual la familia es un santuario.

Una apasionante investigación del Grupo de Genética Molecular de la Universidad de Antioquia, que, además de su interés médico, tiene un importantísimo valor para los historiadores, logró encontrar el ancestro del pueblo paisa: judío, pero mucho más, una amalgama maravillosa de troncos que conforman un mestizaje impresionante.

En efecto, al evaluar los resultados respecto al ADN mitocondrial se encontró que el 90% del ancestro materno de los antioqueños es indígena,

El ese mestizaje de los judíos conversos, en número significativo pero minoritario, con los cristianos viejos mayoritarios, fue de radical trascendencia, pues le imprimió al pueblo antioqueño esa idiosincrasia, esa cultura tan específica y propia, que le ha dado la singularidad que todos le reconocen. Si la mezcla de europeos e indígenas creó un mestizaje casi exclusivamente genético, esta nueva, de sefarditas con cristianos viejos, creó un nuevo mestizaje, el cultural, con un cúmulo de facetas que lo hacen ver semejante al judío.

Muestra luego el autor cómo el adalid de la colonización fue un clero mayoritariamente de origen converso, que impuso a todo el pueblo una religión católico judía, diferente a la que se implantó en el resto de Colombia y de Latinoamérica. Que ellos fueron los que lograron un tercer mestizaje, ahora de tipo religioso; una mezcla de catolicismo y judaísmo en una sola religión de apariencia católica. Se dice que los antioqueños son los más católicos del país, pero su catolicismo es bastante judaizante. Si los conversos de Europa central por la misma época regresaron casi todos al judaísmo, los de Antioquia lograron convertirse en católicos y judíos a la vez.

Del mestizaje genético de español y amerindio, más de un poco de negro africano; del cultural de cristiano viejo y judío converso; y del religioso de catolicismo y judaísmo, debió brotar el cúmulo de cualidades valiosísimas, pero a la vez de defectos notables del pueblo antioqueño. De ahí su gran inteligencia, su exquisita sensibilidad, su asombrosa creatividad, y mil virtudes casi en grado superlativo, no menos que sus múltiples y excesivos defectos. Dicha mezcla debe ser también la que explique, al menos en parte, las inmensas contradicciones de su espíritu.

“¿Por qué el antioqueño, se pregunta el autor, es amado y temido, respetado y denigrado, apreciado y odiado al mismo tiempo?” Y responde: “Porque en su interior hay una dualidad, una ambigüedad, una contradicción interna, que le impide realizarse con decisión. (...) Cuando el pueblo antioqueño integre en lo más íntimo de su personalidad los caracteres casi contradictorios que habitan en su ser; cuando llegue a un equilibrio a la francesa, o a la sofrosine de los griegos, con gran ecuanimidad y confianza en sí mismo, pero con inmenso respeto y aprecio a los demás, podrá ser uno de los pueblos que lideren a Colombia por derroteros de avance y asombrosas realizaciones”.

Finalmente concluye: “ De la búsqueda de especialistas e investigadores y de todo un pueblo que ama a su gente, su tierra y su historia, ya hay

algo que queda absolutamente claro: El pueblo antioqueño o paisa ha sido y seguirá siendo actor de primer orden en la historia de Colombia. Posee capacidades extraordinarias, pero tiene que superar inmensas deficiencias. Tendrá que incrementar sus potencialidades y congraciarse con las demás regiones y grupos humanos del país para hacer una Colombia grande, pacífica y próspera. Pero, sin duda, tiene un futuro asegurado”.

*José María Bravo Betancur
Presidente de la Academia Antioqueña
de Historia.*

INTRODUCCIÓN

1- Desvelar lo más fundamental de la conformación de un grupo humano de características tan especiales como el antioqueño y rastrear sus orígenes es una labor apasionante; máxime cuando esos orígenes son bien debatidos entre propios y extraños. Pero, no es menos apasionante adentrarse en un alma tan indescifrable, que depara múltiples interrogantes y sorpresas inauditas. No es mi intención abordar su historia, que cada día se va enriqueciendo con numerosos y valiosos estudios -obra que podría llenar toda una biblioteca-. En este ensayo intento tan sólo tratar de encontrar el sentido de la idiosincrasia singular del pueblo paisa.

El antioqueño (término extensivo a todo paisa) es un pueblo lleno de contradicciones. De un catolicismo exagerado, es, a la par, uno de los más amantes del dinero y uno de los más violentos del país y el continente. En él la familia es un santuario, donde se entroniza en forma distorsionada la figura de la madre, y sólo tangencialmente, la del padre. Es un pueblo mentiroso y trotamundos, pero honra la palabra empeñada y no deja de añorar la tierra lejana, la familia ausente, los amigos de toda una vida. Un pueblo que sabe de caridades y paternalismos, pero niega muchas veces los derechos a sus trabajadores. Un pueblo pionero en la industria y la banca, pero contrabandista y usurero. Un pueblo que se preocupa por los centavos ("los pesos se defienden solos", proclamaba Pepe Sierra), pero que derrocha sin medida en su afán de aparentar.

He vivido de cerca y de lejos las vicisitudes del pueblo paisa. He buscado en cada palabra, en cada inflexión y en cada gesto, qué expresa y qué oculta. He tratado de interpretar en sus artistas, poetas, literatos, compositores, sociólogos, filósofos, teólogos e historiadores los signos que puedan descubrir lo más secreto de su alma. He oído los discursos de sus políticos, las enseñanzas de sus maestros, los sermones de sus sacerdotes,



la letra de sus canciones y sus coplas, el habla de sus gentes en los sitios y oportunidades más variados. He escuchado las diatribas de sus enemigos y los elogios de sus amigos. Ha sido una labor paciente, tratando de desentrañar esa imagen siempre elusiva, siempre impenetrable del alma antioqueña.

Hay una afirmación que se repite, a veces con acrimonia, muy pocas con orgullo, y que se quiere hacer pasar como la fuente primordial de lo más radical de su espíritu: Que somos judíos. Muchos lo afirman (casi todos de fuera), pero quizás más lo niegan (en especial los de dentro.) Ha sido una polémica más pasional que objetiva, desde el momento mismo en que se planteó a mediados del siglo XIX, cuando los antioqueños empezaron a hacerse notar en la capital de la República por su habilidad mercantil. Es que Medellín se convirtió por esas fechas en el banquero de Bogotá, pues desde antes de 1844 “ya habían figurado como financistas los Montoya, los Arrubla, los Aranzazu y otros antioqueños”,¹ por lo cual les endilgaron, a guisa de insulto, dicho origen.

En el calor de la contienda se ha ido desde el extremo fabulador de la leyenda según la cual aquí se estableció una colonia de judíos (¿una de las tribus perdidas del Pueblo de Israel?) desde la época precolombina o, al menos, desde antes de la llegada de Robledo, hasta el extremo opuesto de negar cualquier origen judío, alegando que, si somos católicos, no podemos descender de “la raza deicida”. Alguien podría preguntar si es bueno o malo tener parentesco con la raza judía, la mora, la gitana, la indígena, la negra, la europea, cualquier otra. En nuestro caso es una pregunta sin sentido, pues la historia se basa en hechos, no en teorías, menos aún en odios y pasiones, orgullos y soberbias.

Para llegar a lo más recóndito del alma del pueblo antioqueño tenemos que remontarnos a su origen: ¿Qué personas lo fundaron? ¿Cuál ha sido su actuación en estos cinco siglos desde la Conquista hasta este amanecer del tercer milenio? Son 500 años que nos iluminan y nos abren inmensas perspectivas. Es claro que el pueblo antioqueño es mestizo, hijo de europeo e indígena y con un poco de negro, así estos dos últimos ancestros hayan quedado relegados al baúl de los recuerdos. En cuanto al componente de judíos conversos, hasta ahora sólo se tenían indicios. Dada la ausencia del más mínimo documento que lo confirmara, la mayoría de los historiadores lo ha negado, pero, afortunadamente, hoy la biología molecular lo ha

¹ Zuleta, Estanislao, *El Semitismo en Antioquia*, en Mesa Bernal, Daniel, *Polémica sobre el origen del pueblo antioqueño*, p. 216

constatado de modo incontrovertible. Es lo que ha logrado el Grupo de Genética Molecular de la Universidad de Antioquia (GENMOL) en una investigación apasionante.

¿Qué implica la mezcla de dos razas absolutamente distantes en el tiempo y el espacio, la indígena y la europea, máxime en la proporción casi increíble que veremos? ¿De qué manera se produjo la mezcla del grupo minoritario de judíos conversos (cristianos nuevos) con el mayoritario de cristianos viejos, para que resultara un mestizaje cultural y religioso de características tales, que hacen que el pueblo paisa sea considerado, no sólo diferente al del resto de Colombia y Latinoamérica, sino, más impactante aún, profundamente judío a la vez que católico? ¿O profundamente católico a la vez que judío?

2- Contenido y límites de este escrito. No se trata, como dije, de una historia del pueblo antioqueño. Se trata sólo de un ensayo en el que reflexiono sobre el origen y desarrollo del pueblo antioqueño o paisa, resaltando su composición genética, su cultura y su religión. El aporte a la historiografía antioqueña es la incorporación de un documento nuevo, el de la investigación genética mencionada, la cual ha confirmado, pero quizás más, ampliado la importancia del ancestro indígena casi exclusivamente femenino, y la del componente de esclavos y esclavas africanos en proporciones mucho menores. Dicha investigación definió, además, la presencia de conversos judíos, de la cual no se habían encontrado documentos fehacientes ya que vinieron de “polizones” indocumentados. Este nuevo documento, el ADN, código por excelencia, que nos marca desde la más remota antigüedad, es tan radical, que de ahora en adelante nadie podrá ignorarlo.

Sin embargo, la constatación de la presencia de judíos conversos en el origen del pueblo antioqueño, no implica que ellos necesariamente fueran a imponer su cultura y religión a todo el grupo. Con todo, un cúmulo de indicios nos hace pensar que eso fue lo que sucedió. Con todo, la explicación que propongo de cómo se realizó, no es sino una hipótesis de trabajo que se tiene que profundizar mucho más. Ellos debieron ser los que imprimieron al pueblo antioqueño o paisa las características especiales de una cultura y religión que, al decir de muchos, es similar a la judía. Sin embargo, no se puede descartar la posibilidad de que hubiera sucedido algo diferente.

Es indudable que las características del pueblo antioqueño, una a una y aun varias reunidas, se encuentran también en otras regiones de Colom-



bia, América Latina y el Mundo. Pero todas reunidas en un haz difícilmente se pueden encontrar en otra parte. Es que todos los seres humanos tenemos una unidad radical. Las mutaciones genéticas son simples mutaciones, pero hacen plenamente diferentes al uno del otro. Las diversas culturas tienen mucho en común, pero cada una llega a diferenciarse suficientemente de las otras con el correr del tiempo.

Una aclaración final. La transmisión de los genes se realiza con un determinismo prácticamente total. En cambio, en la transmisión de la cultura no existe un determinismo tan marcado. Ésta ejerce sobre cada una de las personas y, mucho más, sobre el grupo en conjunto una fuerza casi irresistible, pero no insuperable. De ahí que tanto las personas individuales como el grupo puedan, de manera deliberada, modificarla. Por esta razón, cuando expongo las fortalezas y debilidades del pueblo antioqueño, no pretendo afirmar que sean inmutables. Todo lo contrario. Las primeras las podemos potenciar mucho más y complementar con otras. Las segundas, desestimularlas y aun eliminarlas. Al destacarlas, lo que pretendo es hacer un llamado a la búsqueda personal, familiar, comunitaria y colectiva de una cultura y religión cada vez más encumbradas.

3. Son muchas las personas que me han colaborado y estimulado en el arduo proceso de gestación de este ensayo; a todos ellos mi inmensa gratitud. Sin embargo, debo agradecer de manera especial al Dr. Gabriel Bedoya, Director del Laboratorio de Genética Molecular de la Universidad de Antioquia (GENMOL), y al Magíster Iván Darío Soto, miembro del mismo, por suministrarme la parte pertinente de la valiosísima investigación genética que vienen desarrollando acerca de la población colombiana, y, en especial, de la antioqueña. Al Dr. Jorge Ossa, Profesor de la Facultad de Medicina de la misma Universidad, con quien pude discutir y clarificar muchos de los conceptos de este estudio. Al historiador José Rozo Gauta, miembro del Grupo de Bioantropología del Grupo Biogénesis, quien me aportó invaluable observaciones a la parte histórica y cultural. Y al Dr. José María Bravo, Presidente de la Academia Antioqueña de Historia, por sacar un tiempo valioso de su apretada agenda para hacer la presentación de esta obra.

Debo expresar, finalmente, un reconocimiento y un agradecimiento muy cordiales al Dr. Luis Pérez Gutiérrez, Alcalde de Medellín, al igual que al Fondo Editorial Biogénesis, por el generoso aporte de los fondos que hicieron posible la publicación de esta obra.